

Traducción: Luis López Ballesteros y de Torres

Diseño de cubierta: J. M. Domínguez y J. Sánchez Cuenca

Impresión de cubierta: Gráficas Molina

Editorial Tecnos agradece a Biblioteca Nueva el permiso concedido para la reproducción de los textos de Sigmund Freud.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de Editorial Tecnos, S. A.

Copyright under the Berne Convention. All Rights Reserved
© EDITORIAL TECNOS, S. A., 1985
O'Donnell, 27 - 28009 Madrid
ISBN: 84-309-1187-1
Depósito Legal: M-43237-1985

Printed in Spain. Impreso en España por Gama, S. A.
Tracia, 17. Madrid

INDICE

SIGMUND FREUD O LA ILUMINACION DE LA OSCURIDAD, por Pedro Chacón Fuertes	Pág. 9
BIBLIOGRAFÍA	27
PSICOANALISIS. CINCO CONFERENCIAS EN LA CLARK UNIVERSITY (Estados Unidos)	31
PRIMERA CONFERENCIA	33
SEGUNDA CONFERENCIA	48
TERCERA CONFERENCIA	58
CUARTA CONFERENCIA	73
QUINTA CONFERENCIA	86
COMPENDIO DEL PSICOANALISIS	95
PREFACIO	97
PRIMERA PARTE: LA NATURALEZA DE LO PSIQUICO	99
Cap. I. <i>El aparato psíquico</i>	99
Cap. II. <i>Teoría de los instintos</i>	103
Cap. III. <i>El desarrollo de la función sexual</i>	107
Cap. IV. <i>Las cualidades psíquicas</i>	113
Cap. V. <i>La interpretación de los sueños como modelo ilustrativo</i>	122
SEGUNDA PARTE: APLICACIONES PRÁCTICAS	133
Cap. VI. <i>La técnica psicoanalítica</i>	133
Cap. VII: <i>Un ejemplo de la labor psicoanalítica</i>	147
TERCERA PARTE: RESULTADOS TEORICOS	163
Cap VIII: <i>El aparato psíquico y el mundo exterior</i> ..	163
Cap. IX: <i>El mundo interior</i>	176

PRIMERA PARTE

[LA NATURALEZA DE LO PSIQUICO]

CAPITULO I

EL APARATO PSIQUICO

El psicoanálisis parte de un supuesto básico cuya discusión concierne al pensamiento filosófico, pero cuya justificación radica en sus propios resultados. De lo que hemos dado en llamar nuestro psiquismo (o vida mental) son dos las cosas que conocemos: por un lado, su órgano somático y teatro de acción, el encéfalo (o sistema nervioso); por el otro, nuestros actos de conciencia, que se nos dan en forma inmediata y cuya intuición no podría tornarse más directa mediante ninguna descripción. Ignoramos cuanto existe entre estos dos términos finales de nuestro conocimiento; no se da entre ellos ninguna relación directa. Si la hubiera, nos proporcionaríamos a lo sumo una localización exacta de los procesos de conciencia, sin contribuir en lo mínimo a su mejor comprensión.

Nuestras dos hipótesis arrancan de estos términos o principios de nuestro conocimiento. La primera de ellas concierne a la localización: presumimos que la vida psíquica es la función de un aparato al cual suponemos especialmente extenso y compuesto de varias partes, o

sea, que lo imaginemos a semejanza de un telescopio, de un microscopio o algo parecido. La consecuente elaboración de semejante concepción representa una novedad científica, aunque ya se hayan efectuado determinados intentos en este sentido.

Las nociones que tenemos de este aparato psíquico las hemos adquirido estudiando el desarrollo individual del ser humano. A la más antigua de esas provincias o instancias psíquicas la llamamos *ello*; tiene por contenido todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente establecido; es decir, sobre todo, los instintos originados en la organización somática, que alcanzan [en el *ello*] una primera expresión psíquica, cuyas formas aún desconocemos¹.

Bajo la influencia del mundo exterior real que nos rodea, una parte del *ello* ha experimentado una transformación particular. De lo que era originalmente una capa cortical dotada de órganos receptores de estímulos y de dispositivos para la protección contra las estimulaciones excesivas, desarrolló paulatinamente una organización especial que desde entonces oficia de mediadora entre el *ello* y el mundo exterior. A este sector de nuestra vida psíquica le damos el nombre del *yo*.

Características principales del «yo»

En virtud de la relación preestablecida entre la percepción sensorial y la actividad muscular, el *yo* gobierna la motilidad voluntaria. Su tarea consiste en la autoconservación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo *exterior* se percata de los estímulos, acumula (en la memoria) experiencias sobre los mismos, elude

¹ Esta parte arcaica del aparato psíquico seguirá siendo la más importante durante la vida entera. Con ella se inició también la labor investigación del psicoanálisis.

(por la fuga) los que son demasiado intensos, enfrenta (por adaptación) los estímulos moderados y, por fin, aprende a modificar el mundo exterior, adecuándolo a su propia conveniencia (a través de la actividad). Hace el *interior*, frente a *ello*, conquista el dominio sobre las exigencias de los instintos, decide si han de tener acceso a la satisfacción, aplazándola hasta las oportunidades y circunstancias más favorables del mundo exterior, o bien suprimiendo totalmente las excitaciones instintivas. En esta actividad el *yo* es gobernado por la consideración de las tensiones excitativas que ya se encuentran en él o que va recibiendo. Su aumento se hace sentir por lo general como *displacer*, y su disminución como *placer*. Es probable, sin embargo, que lo sentido como placer y como displacer no sean las magnitudes absolutas de estas tensiones excitativas, sino alguna particularidad en el ritmo de sus modificaciones. El *yo* persigue el placer y trata de evitar el displacer. Responde con una *señal de angustia* a todo aumento esperado y previsto del displacer, calificándose de *peligro* el motivo de dicho aumento, ya amenace desde el exterior o desde el interior. Periódicamente el *yo* abandona su conexión con el mundo exterior y se re trae al estado del dormir, modificando profundamente su organización. De este estado de reposo se desprende que dicha organización consiste en una distribución particular de la energía psíquica.

Como sedimento del largo período infantil durante el cual el ser humano en formación vive en dependencia de sus padres, fórmase en el *yo* una instancia especial que perpetúa esa influencia parental y a la que se ha dado el nombre de *super-yo*. En la medida en que se diferencia el *yo* o se le opone, este *super-yo* constituye una tercera potencia que el *yo* han de tomar en cuenta.

TEORIA DE LOS INSTINTOS

Una acción del *yo* es correcta si satisface al mismo tiempo las exigencias del *yo*, del *super-yo* y de la realidad; es decir, si logra conciliar mutuamente sus demandas respectivas. Los detalles de la relación entre el *yo* y el *super-yo* se tornan perfectamente inteligibles, reduciéndolos a la actitud del niño frente a sus padres. Naturalmente, en la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquéllos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan. De idéntica manera, en el curso de la evolución individual el *super-yo* incorpora aportes de sustitutos y sucesores ulteriores de los padres, como los educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad. Se advierte que, a pesar de todas sus diferencias fundamentales, el *ello* y el *super-yo* tienen una cosa en común: ambos representan las influencias del pasado: el *ello* las heredadas; el *super-yo*, esencialmente las recibidas de los demás, mientras que el *yo* es determinado principalmente por las vivencias propias del individuo es decir, por lo actual y accidental.

Este esquema general de un aparato psíquico puede asimismo admitirse como válido para los animales superiores, psíquicamente similares al hombre. Debemos suponer que existe un *super-yo* en todo ser que, como el hombre, haya tenido un período más bien prolongado de dependencia infantil. Cabe también aceptar inevitablemente la distinción entre un *yo* y un *ello*.

La psicología animal no ha abordado todavía el interesante problema que aquí se plantea.

El poderío del *ello* expresa el verdadero propósito vital del organismo individual: satisfacer sus necesidades innatas. No es posible atribuir al *ello* un propósito como el de mantenerse vivo y de protegerse contra los peligros por medio de la angustia: tal es la misión del *yo*, que además está encargado de buscar la forma de satisfacción que sea más favorable y menos peligrosa en lo referente al mundo exterior. El *super-yo* puede plantear, a su vez, nuevas necesidades, pero su función principal sigue siendo la *restricción* de las satisfacciones.

Denominamos *instintos* a las fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por las necesidades del *ello*. Representan la exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, y aunque son la causa última de toda actividad, su índole es esencialmente conservadora: de todo estado que un vivo alcanza surge la tendencia a restablecerlo en cuanto haya sido abandonado. Por tanto, es posible distinguir un número indeterminado de instintos, lo que efectivamente suele hacerse en la práctica común. Para nosotros, empero, tiene particular importancia la posibilidad de derivar todos estos múltiples instintos de unos pocos fundamentales. Hemos comprobado que los instintos pueden trocar su fin (por desplazamiento) y que también pueden sustituirse mutuamente, pasando la energía de uno al otro, proceso éste que aún no se ha llegado a comprender suficientemente. Tras largas dudas y vacilaciones nos hemos decidido a aceptar sólo dos instintos básicos: el *Eros* y el *instinto de destrucción*. (La antítesis entre los instintos de autoconservación y de conservación de la es-

pecie, así como aquella otra entre el amor yoico y el amor objetal, caen todavía dentro de los límites del Eros.) El primero de dichos instintos básicos persigue el fin de establecer y conservar unidades cada vez mayores, es decir, a la unión; el instinto de destrucción, por el contrario, busca la disolución de las conexiones, destruyendo así las cosas. En lo que a éste se refiere, podemos aceptar que su fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos *instinto de muerte*. Si admitimos que la sustancia viva apareció después que la inanimada, originándose de ésta, el instinto de muerte se ajusta a la fórmula mencionada, según la cual todo instinto perseguiría el retorno a un estado anterior. No podemos, en cambio, aplicarla al Eros (o instinto de amor), pues ello significaría presuponer que la sustancia viva fue alguna vez una unidad, destruida más tarde, que tendría ahora a su nueva unión ².

En las funciones biológicas ambos instintos básicos se antagonizan o combinan entre sí. Así, el acto de comer equivale a la destrucción del objeto, con el objetivo final de su incorporación; el acto sexual, a una agresión con el propósito de la más íntima unión. Esta interacción sinérgica y antagónica de ambos instintos básicos da lugar a toda abigarrada variedad de los fenómenos vitales. Trascendiendo los límites de lo viviente, las analogías con nuestros dos instintos básicos se extienden hasta la polaridad antinómica de atracción y repulsión que rige en el mundo inorgánico ³.

Las modificaciones de la proporción en que se fu-

² Los poetas han imaginado algo semejante, pero nada de ello nos muestra la historia de la sustancia viva.

³ Ya al filósofo Empédocles de Agragas le era familiar esta concepción de las fuerzas básicas o instintos, que todavía despierta tanta oposición entre los analistas.

sionan los instintos tienen las más decisivas consecuencias. Un exceso de agresividad sexual basta para convertir al amante en un asesino perverso, mientras que una profunda atenuación del factor agresivo lo convierte en tímido o impotente.

De ningún modo podría confinarse uno y otro de los instintos básicos a determinada región de la mente; por el contrario, han de encontrarse necesariamente en todas partes. Imaginemos el estado inicial de los mismos suponiendo que toda la energía disponible del Eros —que en adelante llamaremos libido— se encuentra en el *yo-ello* aún indiferenciado y sirve allí para neutralizar las tendencias agresivas que coexisten con aquélla. (Carecemos de un término análogo a *libido* para designar la energía del instinto de destrucción.) Podemos seguir con relativa facilidad las vicisitudes de la libido, pero nos resulta más difícil hacerlo con las del instinto de destrucción.

Mientras este instinto actúa internamente, como instinto de muerte, permanece mudo; sólo se nos manifiesta una vez dirigido hacia afuera, como instinto de destrucción. Tal derivación hacia el exterior parece ser esencial para la conservación del individuo y se lleva a cabo por medio del sistema muscular. Al establecerse el *super-yo*, considerables proporciones del instinto de agresión son fijadas en el interior del *yo* y actúan allí en forma autodestructiva, siendo éste uno de los peligros para la salud a que el hombre se halla expuesto en su camino hacia el desarrollo cultural. En general, contener la agresión es malsano y conduce a la enfermedad (a la mortificación). Una persona presa de un acceso de ira suele demostrar cómo se lleva a cabo la transición de la agresividad contenida a la autodestrucción, al orientarse aquélla contra la propia persona: cuando se mesa los cabellos o se golpea la propia

cara, siendo evidente que hubiera preferido aplicar a otro este tratamiento. Una parte de la autodestrucción subsiste permanentemente en el interior, hasta que concluye por matar al individuo, quizá sólo una vez que su libido se haya consumido o se haya fijado en alguna forma desventajosa. Así, en términos generales, cabe aceptar que el *individuo* muere por sus conflictos internos, mientras que *la especie* parece en su lucha estéril contra el mundo exterior, cuando éste se modifica de manera tal que ya no puede ser enfrentado con las adaptaciones adquiridas por la especie.

Sería difícil precisar las vicitudes de la libido en el *ello* y en el *super-ello*. Cuanto sabemos al respecto se refiere al *yo*, en el que está originalmente acumulada toda la reserva disponible de libido. A este estado lo denominamos *narcisismo absoluto o primario*; subsiste hasta que el *yo* comienza a catectizar las representaciones de los objetos con libido; es decir, a convertir libido narcisística en libido objetual. Durante toda la vida el *yo* sigue siendo el gran reservorio del cual emanar las catexias libidinales hacia los objetos y al que se retraen nuevamente, como una masa protoplástica maneja sus pseudópodos. Sólo en el estado del pleno enamoramiento el contingente principal de la libido es transferido al objeto, asumiendo éste, en cierta manera, la plaza del *yo*. Una característica de la libido, importante para la existencia, es su *movilidad*, es decir, la facilidad con que pasa de un objeto a otros. Contraria a aquélla es la *fijación* de la libido a determinados objetos, que frecuentemente puede persistir durante la vida entera.

Es innegable que la libido tiene fuentes somáticas, que fluye hacia el *yo* desde distintos órganos y partes del cuerpo, como lo observamos con mayor claridad en aquella parte de la libido que, de acuerdo con su

fin instintual, denominamos «excitación sexual». Las más destacadas de las regiones somáticas que da origen a la libido se distinguen con el nombre de *zonas erógenas*, aunque en realidad el cuerpo entero es una zona erógena semejante. La mayor parte de nuestros conocimientos respecto del Eros —es decir, de su exponente, la libido— los hemos adquirido estudiando la función sexual, que en la acepción popular, aunque no en nuestra teoría, coincide con el Eros. Pudimos formarnos así una imagen de cómo el impulso sexual, destinado a ejercer tan decisiva influencia en nuestra vida, se desarrolla gradualmente a partir de los sucesivos aportes suministrados por una serie de instintos parciales que representan determinadas zonas erógenas.

CAPITULO III

EL DESARROLLO DE LA FUNCION SEXUAL

De acuerdo con la concepción corriente, la vida sexual humana consiste esencialmente en el impulso de poner los órganos genitales propios en contacto con los de una persona del sexo opuesto. Es acompañado por el beso, la contemplación y la caricia manual de este cuerpo ajeno, como manifestaciones accesorias y como actos preparatorios. Dicho impulso aparecería con la pubertad, es decir, en la edad de la maduración sexual, y serviría a la procreación; pero siempre se conocieron hechos que no caben en el estrecho marco de esta concepción: 1) es curioso que existan seres para los cuales sólo tienen atractivo las personas del propio sexo y sus órganos genitales; 2) no es menos extraño que existan personas cuyos deseos parecieran ser sexuales, pero que al mismo tiempo descartan completamente